

EL SEÑOR TE MUESTRE SU ROSTRO Y TE CONCEDA LA PAZ.

Introducción. No se me puede ir de la cabeza lo que he vivido estas semanas de ir al Palacio de Hielo, esa pista helada cubierta de ataúdes. Ser del equipo de sacerdotes que hemos acompañado diariamente con nuestra oración, ofreciendo sencillos responsos por las vidas que allí se concentraban, será con total seguridad uno de los recuerdos inolvidables grabados a fuego en mi mente y en mi corazón. Pienso en cómo se dio la posibilidad de ofrecer allí nuestro servicio. Por cercanía geográfica, nuestra parroquia se encuentra a menos de cinco minutos del palacio de Hielo. Nuestra respuesta inmediata fue decir que sí. Estábamos disponibles para lo que hiciera falta. Y dónde se nos necesitaba era allí, junto a los cadáveres, con nuestro testimonio y nuestra fe. La fe de la Iglesia orante, contemplativa, silenciosa, que, en medio del bullicio de los furgones funerarios, enciende la luz que hace brillar toda oscuridad. **«Tú Palabra es una lámpara a mis pies; es una luz a mi sendero». (Sal 119,105).**

El misterio pascual tiene esos componentes: muerte, resurrección, y sobre todo actitud orante, dialogal, de súplica esperanzada, confiada, en la acción de Dios sobre la realidad humana sacudida por los propios límites y los de los demás. Todo este inesperado tsunami pandémico que estamos sufriendo es icono de las constantes pruebas que lo humano tiene de su radical indefensión. Nos creemos poderosos, resolutivos, eficaces, emprendedores. Pero las circunstancias actuales ponen una vez más de manifiesto que nuestra vida está hecha de barro. Fragilidad en todo el mundo de la ciencia, fragilidad en las instituciones políticas y de gestión de la crisis. Fragilidad en el mundo del mercado y la economía, donde la confianza se ve amenazada por continuas operaciones llenas de estafas, de corrupción, de mascarillas inservibles y de test poco fiables. Estamos viendo de cara la fragilidad de una humanidad, que cómo la mía y la tuya, se muestra barro frágil, vasija agrietada, que es incapaz de retener todo el caudal del amor de Dios. Pero esa fragilidad del barro, moldeada por las manos del alfarero, está destinada a convertirse en obra de arte.

Lo que Dios nos dice. «Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús» (1Cor 4,7-10).

El primer día que me tocó ir al Palacio iba nervioso. No sabía lo que me iba a encontrar. Intentaba imaginar el pasar por los diferentes controles de acceso, la paciencia para ser autorizado a hacer mi servicio. La visión de la pista llena de vidas apagadas. Y sentir que iba en nombre del Dios de la vida, acompañado y sostenido fuertemente por el Dios amigo de la vida.

«El Señor te bendiga y te guarde. El Señor te muestre su rostro radiante y tenga piedad de ti. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz.» (Num 6,24-26).

Y algo de paz, de confianza, de calma se iba asentando en mi vida. El tiempo era muy breve, apenas 12 minutos, de abrir los ojos, de prestar el corazón, de activar la compasión. Y de hacerme consciente que esos «ropajes de leña seca», eran el envoltorio de unas vidas convertidas en joyas. Historias llenas de nombres, de paisajes, de risas, de llantos, de amor cotidiano. Humanidad que palpa, que sufre, que toca diariamente la imposibilidad de fabricarse salvavidas con sus propias manos. Por eso se me llenaron los ojos de lágrimas. Cuando vi unas largas filas de ataúdes, alineados, ordenados, solos, fríos. Me conmovió profundamente la sensación de helor, de falta de vida. Con profunda atención fui dando los pasos que el ritual de exequias ofrece como una fórmula que acompaña el responso. Pero las circunstancias, les daban un calado y una profundidad a las palabras, a los gestos, a los ritos. **«El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá»; «¡Soy la Resurrección y la Vida!».**

Cómo podemos vivirlo. Nosotros no conocíamos nombres, ni apellidos, ni lugar de procedencia, ni género, ni edad. Pero eran nuestros hermanos y hermanas. Eran de los nuestros. Esa capacidad de ensanchar el corazón, de sentir como propio el dolor ajeno, es uno de los regalos que más reconozco que me ha dado seguir a Cristo. Activar el principio de compasión, es de los dinamismos pascuales que más se nos invita a vivir.

«Sabemos que pasamos de la muerte a la vida cuando amamos a nuestros hermanos» (1Jn 3,14).

Los días de visita al Palacio eran puro deseo de amar. A las familias, que con tanta angustia han vivido la falta de información sobre el paradero de sus familiares fallecidos. Al personal de las fuerzas de seguridad, de la policía local, de la policía nacional, de la UME. Yo saludaba a todo el mundo, con una actitud sincera de agradecimiento, de valoración, de reconocimiento del esfuerzo conjunto por cuidar, velar y acompañar a tantos difuntos durante las largas jornadas de trabajo y de guardia. Vivo convencido que podrán revivir estos huesos, estas ruinas de una sociedad complacida de sus logros. Y vivo más convencido que Dios **«cambiará nuestro luto en danzas».**